

30 de agosto. XXII domingo de tiempo ordinario

Jer 20,7-9 / Sal 62 / Rom 12,1-2 / Mt 16,21-27

En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte.»

Jesús se volvió y dijo a Pedro: «Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios.»

Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta.»

(Mateo 16, 21-27)

1. ¿Qué dice la Palabra?

El fragmento del Evangelio de este domingo es la continuación del que proclamábamos el pasado, en esa “excursión” a Cesarea de Filipo. La cara y la cruz en la persona de Pedro. El pasado domingo le hace roca sobre la que edifica la Iglesia y ahora le llama nada menos que «Satanás».

Desde este capítulo 16 hasta la llegada a Jerusalén, Jesús predice hasta tres veces su pasión y muerte en la Ciudad Santa, lo que supone a sus discípulos una auténtica crisis. En este primer anuncio Pedro responde desde la lógica de su humanidad: «Maestro, si acabamos de reconocer que eres el Mesías, que eres en quien tenemos puestas todas

nuestras esperanzas..., ¿cómo nos dices ahora que vamos a Jerusalén para que te maten?»

No olvidemos que el domingo anterior el evangelio terminaba con la petición de Jesús a los apóstoles de que no contasen a nadie que era el Mesías. La razón es que realmente no habían entendido en qué consistía su mesianismo, que sólo dando la vida se salva, que sólo muriendo se resucita.

Seguir a Jesús en el camino a Jerusalén significa renuncia: «negarnos a nosotros mismos», hacer de Jesús el centro de nuestra vida, «cargar con la cruz y seguirle».

Por ello es necesario evocar la experiencia de la llamada del Señor al discipulado y la liturgia nos introduce este evangelio con el texto de Jeremías: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir». Si nos dejamos seducir por Jesús, ya no nos fijaremos en lo pesada que es la cruz ni en lo dura que es la abnegación, porque lo que Jesús nos ofrece es más grande que todo lo que de sufrimiento o sacrificio tiene el evangelio.

Cuando nos dirigimos a Jesús en la oración, tenemos la misma tentación que Pedro: pedirle al Señor que haga las cosas a nuestra manera, que nos salve con nuestras condiciones, que vayamos al cielo por nuestro camino... No se trata de decirle a Dios lo que tiene que hacer por nosotros —Él ya lo sabe—, sino de preguntarle con sinceridad: «Señor, qué quieres de mí».

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el itinerario dominical con el Evangelio de Mateo, llegamos hoy al punto crucial en el que Jesús, tras verificar que Pedro y los otros once habían creído en Él como Mesías e Hijo de Dios, comenzó «a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho..., ser ejecutado y resucitar al tercer día» (16, 21). Es un momento crítico en el que emerge el contraste entre el modo de pensar de Jesús y el de los discípulos.

Pedro, incluso, siente el deber de reprender al Maestro, porque no puede atribuir al Mesías un final tan infame. Entonces Jesús, a su vez, reprende duramente a Pedro, lo pone «a raya», porque no piensa «como Dios, sino como los hombres» (cf. v. 23) y sin darse cuenta hace las veces de Satanás, el tentador.

Sobre este punto insiste, en la liturgia de este domingo, también el apóstol Pablo, quien, al escribir a los cristianos de Roma, les dice: «No os amoldéis a este mundo —no entrar en los esquemas de este mundo—, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios» (Rm 12, 2).

En efecto, nosotros cristianos vivimos en el mundo, plenamente incorporados en la realidad social y cultural de nuestro tiempo, y es justo que sea así; pero esto comporta el riesgo de convertirnos en «mundanos», el riesgo de que «la sal pierda el sabor», como diría Jesús (cf. Mt 5, 13), es decir, que el cristiano se «agüe», pierda la carga de novedad que le viene del Señor y del Espíritu Santo. En cambio, tendría que ser al contrario: cuando en los cristianos permanece viva la fuerza del Evangelio, ella puede transformar «los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida» (Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 19). Es triste encontrar cristianos «aguados», que se parecen al vino diluido, y no se sabe si son cristianos o mundanos, como el vino diluido no se sabe si es vino o agua. Es triste esto. Es triste encontrar cristianos que ya no son la sal de la tierra, y sabemos que cuando la sal pierde su sabor ya no sirve para nada. Su sal perdió el sabor porque se entregaron al espíritu del mundo, es decir, se convirtieron en mundanos.

Por ello es necesario renovarse continuamente recurriendo a la savia del Evangelio. ¿Cómo se puede hacer esto en la práctica? Ante todo leyendo y meditando el Evangelio cada día, de modo que la Palabra de Jesús

esté siempre presente en nuestra vida. Recordadlo: os ayudará llevar siempre el Evangelio con vosotros: un pequeño Evangelio, en el bolsillo, en la cartera, y leer un pasaje durante el día. Pero siempre con el Evangelio, porque así se lleva la Palabra de Jesús y se la puede leer. Además, participando en la misa dominical, donde encontramos al Señor en la comunidad, escuchamos su Palabra y recibimos la Eucaristía que nos une a Él y entre nosotros; y además son muy importantes para la renovación espiritual las jornadas de retiro y de ejercicios espirituales. Evangelio, Eucaristía y oración. No lo olvidéis: Evangelio, Eucaristía, oración. Gracias a estos dones del Señor podemos configurarnos no al mundo, sino a Cristo, y seguirlo por su camino, la senda del «perder la propia vida» para encontrarla de nuevo (v. 25). «Perderla» en el sentido de donarla, entregarla por amor y en el amor —y esto comporta sacrificio, incluso la cruz— para recibirla nuevamente purificada, libre del egoísmo y de la hipoteca de la muerte, llena de eternidad.

La Virgen María nos precede siempre en este camino; dejémonos guiar y acompañar por ella.

Papa Francisco. Ángelus 31/08/2014

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Me sedujiste, Señor, me sedujiste
y conquistaste con tu amor mi corazón
hasta lograr enamorarme, fiel tú fuiste
y sin reservas me entregaste tu amor

Me sedujiste, Señor, me sedujiste
y jamás nada me dio tanta felicidad
por la dulzura y el cariño que me diste
por tu Palabra y por tus ojos de bondad

Y no me pude resistir hoy donde quieras yo iré
a tu lado caminaré y hablaré siempre de ti
y te amaré y te amaré y te amaré, Señor
porque tú me has conquistado con tu inmenso amor.

Me sedujiste, Señor, me sedujiste
y conquistaste con tu amor mi corazón
hasta lograr enamorarme, fiel tú fuiste
y sin reservas me entregaste tu amor.

Me sedujiste, Señor, me sedujiste
y jamás nada me dio tanta felicidad
por la dulzura y el cariño que me diste
por tu Palabra y por tus ojos de bondad

Y no me pude resistir, hoy donde quieras yo iré
a tu lado caminaré y hablaré siempre de ti
y te amaré y te amaré y te amaré, Señor
porque tú me has conquistado con tu inmenso amor

Y no me pude resistir, hoy donde quieras yo iré
a tu lado caminaré y hablaré siempre de ti
y te amaré y te amaré y te amaré, Señor
porque tú me has conquistado con tu inmenso amor.

Podéis oír esta canción en Youtube:

<https://www.youtube.com/watch?v=UHWu8hCP09U>